

to, San Juan Climaco, fué el primero que imaginó la cárcel celular á fines del siglo xvi. Su establecimiento, como los del día, era una preciosidad. «Las celdas eran sanas y claras. Los reclusos se ocupaban en trabajos manuales, y recibían de cuando en cuando la visita de un superior que los educaba y dirigía» (1).

Ya antes de esta época se había ocupado la Iglesia en cuestiones de penalidad. En los monasterios han existido en todo tiempo celdas de castigo para los *frates* aviesos; y el Derecho canónico, repugnando aplicar la pena de muerte, y para que no quedaran los crímenes impunes, crea la pena de reclusión perpetua.

Todas estas cosas las explican muy bien, aunque en latín, las Decretales de los distintos pontífices que en el mundo han sido. El lector puede ver, entre otras, las tituladas *De Penit.*, de Gregorio IX, y las sapientísimas y latas glosas del Sr. Licenciado don Manuel González Téllez...

Aquí el autor se limita á estos breves apuntes, para que sirvan de luminoso faro en tal materia á los estudiosos.

(1) Moreau Christophe, *Du problème de la misère* tomo II, pág. 435. París, 1851.

III

LOS PRECURSORES

- I. EL ESPÍRITU PÚBLICO.
- II. LA MEDICINA Y LA ESTADÍSTICA.

I

...La Revolución aparece. Parálizase por un momento la vida de un gran pueblo. La conciencia nacional, elaborada lentamente á través del tiempo, cristaliza en un punto y nace á nueva vida. La fuerza, de las manos cansadas de la vieja aristocracia pasa á las poderosas de la flamante burguesía. He ahí el Terror.

Después, desmontada la «báscula», hecha la trasmutación temida, inaugurada la nueva dirección social, continúa tranquilamente el buen francés sus trabajos.

Es maravilloso el cuadro que Francia presenta pasado el furor cruento de la memorable catástrofe... La regeneración de un

país está en su cultura, y Francia pone todo su empeño en difundir por campos y ciudades la enseñanza. La Convención crea las Escuelas normales. Todo lo más granado de la nación, literatos y filósofos, naturalistas y matemáticos, profesan en sus cátedras. Y explican Volney, Bertholet, La Harpe, Laplace, Garat, Haüy, Bernardino de Saint-Pierre... La cátedra está en un gran salón; tras un profesor explica otro; las clases son de once á una y cuarto. Un día hablan sólo los profesores; al siguiente discuten profesores y discípulos. «Ya interrogarán los discípulos al profesor», dice el Reglamento, «ya les interrogará el profesor; ya se entablarán discusiones entre profesor y discípulo, ya entre profesor y profesor». Las conferencias se imprimen y se publican; los taquígrafos, «c'est á dire», aclara el Reglamento, «des hommes qui écrivent aussi vite qu'on parle», asisten á todas las clases y sacan copia de lo hablado (1).

Una gran ansia de conocer se apodera de todos. Á las Escuelas normales suceden las

(1) Reglamento de las Escuelas normales, en la *Décade philosophique*, 10 pluvioso, III año de la República. Número 28, página 217.

Escuelas centrales. Decrétase una para cada trescientos mil habitantes; en París se fundan cinco; noventa y seis en provincias. Se abren cátedras en ellas de matemáticas, historia natural, física y química experimentales, método de las ciencias, análisis de las sensaciones, economía política, legislación, historia filosófica de los pueblos, agricultura y comercio, higiene, artes y oficios, gramática, bellas letras, lenguas vivas y muertas, dibujo.

Funda también la Convención el Instituto nacional. Ciento cuarenta y cuatro miembros en París; igual número en provincias; veinticuatro en el extranjero. 216.000 francos son decretados para dietas; 64.000 para gastos ordinarios. Todos los años se nombrarán veinte ciudadanos encargados de «viajar y hacer observaciones relativas á la agricultura», y seis académicos que viajen también y hagan estudios «sobre todos los ramos de los conocimientos humanos». Se publicarán memorias; se formarán colecciones; se crearán museos (1).

(1) *Institut national de la République française*. París, brumario, año 6.

Y no es esto sólo; hay que añadir innumerables centros docentes y sociedades particulares: las Escuelas especiales; el Museo de historia natural, donde enseñan Jussieu, Lamarck, Geoffroy Saint-Hilaire, Cuvier; la Escuela de lenguas orientales vivas, donde se enseña el árabe, el turco, el tártaro, el persa, el malayo; las facultades de medicina de París, de Montpellier, de Strasburgo; la Escuela politécnica; el Ateneo, donde dan lecciones de economía, de historia natural, de matemáticas, de pedagogía, La Harpe, Røederer, Garat, Degerando, Biot, Leroy, Moreau de la Sarthe, Guiguené, Sicard; y el Liceo de los extranjeros; y la Sociedad de los observadores del hombre; y tantas y tantas otras asociaciones que propagan la ciencia en conferencias, en discusiones, en memorias, en revistas, en periódicos.

En periódicos, de los que se publica una infinidad de todos los matices y contexturas: el *Journal de Paris*, con redactores como Røederer, Lalande, Garat, Volney, Condorcet; *Le Moniteur*, con Destutt de Tracy; el *Journal d'instruction*, con Siéyes; el *Journal des savants*, con Daunou; *Le Conservateur*, con Talleyrand en noti-

cias del extranjero, Garat en política exterior, Daunou en política general, Chenier en filosofía, Cabanis en literatura; los *Annales patriotiques*, con Mercier; el *Journal de la langue française*, con Turot; la *Décade philosophique*, con todo lo más florido de Europa.

«Jamás un periódico francés», escribe Picavet, «y esta es una de las causas del éxito de la *Década* en Francia y en el extranjero, no ha suministrado á sus lectores indicaciones más extensas, más variadas, más exactas, sobre el movimiento filosófico, científico y literario». Y en efecto, se escribe allí de todo: botánica, derecho, geometría, filosofía, crítica de teatros, bibliografía, literatura extranjera... Se examina á Kant, se elogia á Beccaria, se expone á Gall, se traduce á Goethe, Schiller, Klopstock; y se da cuenta de cuantos libros aparecen, aun de aquellos que, como cierta *Vida de Jesús*, «ningún periódico se ha atrevido á anunciar».

¿Cómo no ha de ser Francia grande y poderosa, si tan recia y fecundamente ha trabajado para serlo? ¿Cómo no ha de ser la iniciadora del mundo entero en la novela, en el teatro, en el poema, en la filosofía?

II

En tal medio crecen y toman vuelo dos ciencias importantísimas; las dos ciencias creadoras de la sociología criminal. Y son: la estadística y la medicina cerebral. La una debe grandes descubrimientos á Laplace; la otra, á Pinel. Pero es imposible decir que estos dos meritísimos varones sean los inventores. ¡Cuántos y cuántos les han precedido! Querer hacer historia exacta en estas cuestiones de ideas, es como buscar la genealogía de un hidalgo puntilloso; es dar en lo ridículo y perderse en lo pequeño.

Sí diremos que esta ciencia deriva estrechamente de los trabajos de La Mettrie, de Cabanis, de tantos otros como se han ocupado en las relaciones de lo moral y lo físico. Pinel, ¿no toma sus ideas de Cabanis? El mismo Cabanis, ¿no rectifica á Pinel?

En 1798, Pinel publica su *Nosografía*; en 1800 su *Tratado de la enagenación*. Ya en el primer libro, en el capítulo de las neurosis, preludia lo que había de ser en el segundo. Pinel es el primero que clama contra el antiguo bárbaro tratamiento de los locos.

Se les cargaba de cadenas; se les perseguía por las calles; se les tomaba como «hombres de placer»; se les hacía responsables de sus crímenes... Pinel los pone en libertad, «libertad ilimitada en el interior del hospital»; los trata cariñosamente; los cuida con la solitud de un hermano... y los locos se curan.

Ya en la *Nosografía*, repetimos, inicia sus ideas. Recomienda «el dulce trato de los amigos»; quiere distracciones, cariño, bondad. «Se distraerá la imaginación del enfermo con ejercicios moderados; con paseos por sitios amenos; con conversaciones alegres».

Después, en su *Tratado de la enagenación*, proclama terminantemente la libertad.

«Me ha sido fácil juzgar por comparación», dice, «lo útil que es no tener á los locos en una reclusión demasiado rigurosa. Mientras que los más delirantes y más furiosos del Hospicio de Bicetre estaban en sus jaulas atados á una cadena, se hallaban agitados continuamente día y noche; todo era voces, alboroto y tumulto; pero después que se comenzó á usar el camisón, y que estos locos obtuvieron la libertad de vagar por los patios, su enfermedad se disipa por el día en

esfuerzos continuados, se agitan y se atormentan sin peligro, y esto mismo los dispone á que pasen la noche con más tranquilidad y sosiego».

Á Pinel sucede en su cátedra Esquirol. El discípulo hace ventajas al maestro. Esquirol publica en 1838 su conocido *Tratado de las enagenaciones mentales*. «Rectificando profundos y funestísimos errores de doctos y profanos en punto á la locura», dice el traductor castellano hablando de sus trabajos, «dieron un fuerte impulso que ha modificado la legislación y más aún, la jurisprudencia práctica respectivamente á los locos».

Después de Esquirol, sus continuadores son conocidos: Casper, Lucas, Maudsley, Morel, Despine, en quien Lombroso se ha inspirado, y otros.

El lector que quiera conocer más detalles de la materia, puede consultar el libro del Sr. Bernaldo de Quirós, *Las nuevas teorías de la criminalidad*, y el concienzudo y eruditísimo trabajo, hecho, si, con criterio autoritario y clásico, de D. Fernando Vida, *La ciencia penal y la escuela positivista italiana* (1).

(1) En las *Memorias de la Real Academia de cien-*

Por lo que toca á la estadística, su origen es antiguo y nobilísimo. Ya Leibniz trabajó en estos asuntos, y Pascal y Condorcet, lo mismo. La aplicación del cálculo á las ciencias morales, dice este último, ha nacido del estudio de las matemáticas, en pueblos de prosperidad y tradiciones liberales. «En Holanda, el célebre Juan de Witt, discípulo de Descartes, y en Inglaterra el caballero Petti, publicaron los primeros ensayos de esta ciencia en el siglo último, poco más ó menos en la misma época en que Fermat y Pascal creaban el cálculo de las probabilidades, que es uno de sus principales fundamentos, y no osaban aplicarlo sino á los juegos de azar, ó no se les ocurrió aplicarlo á cosas más graves» (1).

Pero quien da nuevo impulso á esta ciencia, es Laplace. «Todos los acontecimientos», escribe, «aun los que por su pequeñez parecen fuera de las grandes leyes de la Naturaleza, son una consecuencia tan necesaria de ellas, como son necesarias las

cias morales y políticas, tomo VII, página 277. Madrid, 1893.

(1) Condorcet, *Tableau général de la science qui a pour objet l'application du calcul aux sciences politiques et morales*. — *Oeuvres complètes*, t. 21. Paris, 1804.

revoluciones del sol». Nada es espontáneo; nada es *primero*; todo es determinado, necesario. No hay hecho que no tenga una causa. «La más libre voluntad no puede sin un motivo determinante darle nacimiento». Creer lo contrario es un absurdo. «La opinión contraria es una ilusión del espíritu, que perdiendo de vista las razones fugitivas de la elección de la voluntad en las cosas indiferentes, se persuade á que la voluntad es determinada de ella misma y sin motivo» (1). No decía otra cosa Spinoza en la frase tan citada estos años en los libros de sociología criminal.

Los trabajos de Laplace, entre ellos esta *Teoría analítica de las probabilidades*, ampliación de una conferencia dada en las Escuelas normales; son un monumento de la ciencia contemporánea. «Los *Ensayos* en que Spencer ha relacionado la hipótesis de la nebulosa con la doctrina de la evolución», dice Picavet, «indican la importancia que Laplace tiene en la filosofía contemporánea».

Después de él, Poisson, Guerry, el benemérito barón Dupin, catalogador de todo

(1) *Oeuvres*, t. VII, Introducción. París, 1847.

lo existente y capaz de sacar estadística de las piedras; continúan sus trabajos y preparan el camino á Quetelet.

De Quetelet hemos hablado ligeramente en otra parte—*La evolución de la crítica*—como también de otro ilustre antecesor de la escuela: Hipólito Taine. Las ideas de complicidad social, factores naturales, leyes de la producción criminosa, etc., están en germen en la *Física social*, en el *Sistema*, en las *Cartas al Duque de Sajonia*. La moderna crítica literaria, al menos en su primitiva forma determinista, debe no poco á Quetelet; como la escuela penal italiana, debe á Taine lo mejor de su espíritu. Tarde mismo reconoce que el positivismo penal no es sino una «aplicación» de los principios artísticos del ilustre literato...

Basta con lo dicho. Indicada queda la génesis de los Lombroso, los Ferri, los Garofalo. Insistir más, sería impropio de libro de vulgarización como este.